y otros son segun las dulzuras de su divino corazon (4). Unos los manda en la indignacion de su cólera; otros los envía en la efusion de su bondad. Unos son castigo; otros favor. Aquellos en fin son unos azotes de Dios; y éstos unos presentes de su clemencia y misericordia. Yo hablo, Señores, de estos últimos; y de ellos sostengo, que son un beneficio digno de toda gratitud, que hace Dios á su Iglesia, presentándole en ellos unos objetos agradables de su gozo y de sus delicias. Consideremos, si no, un digno Prelado canónicamente elegido y puesto al frente de una Sociedad Religiosa, cuyo gobierno se le encomienda. Mirémoslo en sí mismo, veámoslo con respecto á sus súbditos, atendámoslo en fin con relacion á toda la Iglesia; siempre es para ella un muy delicioso espectáculo.

P. I.

Y Primeramente, un Prelado que no se procura por sí mismo este honor, sino como (5) Aaron aguarda el llamamiento: que no busca el puesto sublime; mas este le busca á él: que no se ha conducido á la cumbre en que se coloca, sino por el camino de un mérito sobresaliente y

(4) Jer. 3. (5) Hebr. 5.

de unas prendas nada vulgares, es desde luego una Persona en quien vé la Iglesia brillar el conjunto de las virtudes características del alto grado. Asi es sin duda, y al mirarlas la Iglesia, no puede ménos que regocijarse en tal Hijo, viendo que en él florece aquella vara maravillosa, (6) que colocada en el tabernáculo, apareció repentinamente coronada de hojas, adornada de flores, y enriquecida de bellos frutos, para prueba auténtica de una eleccion divina. Sí: aquella vara era el símbolo de las virtudes que debian caracterizar un Prelado segun el corazon de Dios, y la Iglesia se alegra quando vee á un Hijo suyo, que constituido en la Prelacía, hace corresponda su porte exâctamente á la figura.

Mas dexando aparte la vara admirable de Aaron, vamos por un rato con su hermano Moyses á ver en la santa montaña otro prodigio que transporta, una zarza entre cuyas espinas están ardiendo encendidas llamas (7). ¿Qué juzgais se le enseña en esta vision tan estupenda del fuego y las espinas? Comprehended, os ruego, el misterio. Moyses va á ser el Xefe del Pueblo escogido de Dios. Deberá dirigirlo, y deberá enseñarlo. En este Pueblo cuya direccion se le en-

(6) Num. 17. 17. (7) Exord. 3 ℣. 3.

carga, será testigo de muchísimas neceesidades, que clamarán á él por socorro; inspector de muchas flaquezas, que será preciso sufrir, y blanco de bastantes contradicciones, que habrán de probar su paciencia. Será pues, necesario, que esté ilustrado su entendimiento con la luz de la sabiduría para su enseñanza y direccion, y su corazon abrasado con el ardor de la caridad para socorrerlo, soportarlo y sufrirlo. Tal es el misterio del fuego. Por otra parte, en este Pueblo mismo habrá reos que deberán ser castigados, errantes que deberán ser corregidos, y rebeldes cuya contumacia y orgullo deberán ser contrarestados. Se hace pues preciso, que á la luz de la sabiduría, que al ardor de la caridad, que adornarán á su Conductor, vayan acompañando la severidad y la justicia. Esto simbolizan las espinas de aquella zarza. Pues veed ahora renovarse plausiblemente á vista de la Iglesia la magestad de este prodigio, siempre que ella tiene la gloria de ver constituidos Conductores y Xefes de las Familias santas unos hombres dignos de que á ellos sea confiada su conducta y su direccion. Ella los vee en la cumbre de la Prelacía despidiendo luces, no de aquella ciencia profana que hincha y ensoberbece; mas de aquella sabiduría que es propia de los

Santos, con la que se dirigen á sí mismos y á los demas por las sendas hermosas de la virtud y perfeccion. Veelos abrasados del fuego de una caridad ardientísima, con que socorren las indigencias de sus pobres encomendados, soportan sus defectos, toleran sus contradicciones, se compadecen de sus flaquezas, se duelen de sus enfermedades, y á imitacion del Santo Apóstol, se hacen todo á todos (8) para ganarlos á Jesuchristo. Veelos finalmente, armados de las puntas de la justicia y severidad, castigar á los díscolos, sujetar á los inobedientes, y hacer frente á los contumaces, sin que consuma estas espinas el fuego del amor, que ántes bien es en ellos el que ordena, el que intima, el que templa las correcciones. Vision por cierto capaz de deleitar los tiernos ojos de la Iglesia, no ménos que la del Oreb los del extático Caudillo.

Pero ¿por qué causa me he de estar deteniendo yo en andar buscando en la tierra hermosos símbolos y figuras para pintar la complacencia que la Iglesia santa recibe de un Prelado qual ella quiere? Para hacer el retrato de un hombre de esta calidad, ya que por lo mismo es del número de los dichosos, que pueden decir con San Pablo

(8) 1. Cor. 9.

(9) que su conversacion es en los cielos; al cielo es donde debemos subir para pintarlo mas dignamente. ¿Y qué pensais? ¿Que con estos designios me serviré ahora del Sol, de la Luna, de las Estrellas, esos cuerpos luminosos que hacen la alegria de todo el universo? Bien pudiera, y no sería el primero que con ellos lo comparase (10); pero me remonto mas alto. Transciendo no solo el ayre, no solo las nubes, no solo los Planetas, no el Firmamento solo, sino todos los cielos, y pasando los demas coros de los Angeles, doy un vuelo hasta los Serafines. ¡Que altura! ¡Que sublimidad! No me acuseis, Espíritus excelentísimos de temeridad y de arrojo, si con vuestra grandeza me atrevo á comparar á un Prelado digno de serlo. Puntualmente es un Serafin quien me enseñó la comparacion, un Buenaventura, un Dr. Seráfico. (*) Quando este Santo se pone á describir las qualidades de un Prelado, no halla modelo mas oportuno de quien copiarlas, que estos altísimos Espíritus. Ni duda avanzar, el que si Christo se dignó de tomar el semblante de un Serafin, quando en la montaña Alvernia apareció á mi amado Padre Francisco para llenarlo de ho-

(9) Philip. 3. ℣. 20. (10) Psalm. 12. ℣. 3.
(*) S. Bonav. Opusc. sex Alarum.

nor y gloria con las señales de sus Llagas, fué para mostrarle en aquella figura los caracteres que debian adornar y distinguir á los Prelados. Y á la verdad ¿no es un buen Prelado una Imágen de los Serafines? ¿No se ocupa en la contemplacion de Dios y de sus atributos, como ellos? ¿No está encendido en el amor de sus perfecciones, como ellos? ¿No ilumina á los que son sus inferiores, como ellos? ¿No está en una Gerarquía superior, como ellos? ¿No tiene por úlmo seis alas hermosas, como ellos? ¿Por qué que son aquel zelo que le abrasa y devora por la justicia y rectitud; aquella piedad y compasion toda paterna con que abraza á sus súbditos con entrañas de caridad; aquella paciencia y longanimidad constante con que soporta sus defectos, y lleva el peso del dia y del estío en la custodia de su rebaño; aquella discrecion é ilustrada prudencia con que se maneja en toda ocurrencia y negócio; aquella familiariadad y union con el Eterno, que es el blanco de su espiritu y corazon; en fin, aquella exemplaridad en todo género de virtud que lo presenta á los que rige, como una regla viva, y como una ley animada; ¿que son digo, todas estas virtudes, sino otras tantas (**) alas, con que

(**) Ide. S. Bovav. loc. cit.

un Prelado digno vuela á la santidad, vuela á la perfeccion, vuela hasta al mismo Dios, y hace al mismo tiempo volar tambien á sus inferiores? ¡Que objeto este tan hermoso para la Iglesia! ¿Y quan precioso no le es tambien el que le pone ante los ojos una humildad la mas profunda, que él le hace ver en el ápice de su elevacion? Al ver que la honra no lo insolenta, que el puesto no lo desvanece, que las veneraciones no lo engrien, que los aplausos no lo encantan, que las postraciones de los súbditos que vee á sus pies les reputa como homenages tributados á la dignidad, y no á la persona: en una palabra, al ver que puesto por Rector de los demas, léjos de llenarse de orgullo, se mira como uno de tantos, y aun como el mas baxo de todos. Me imagino que piensa ver un Rafael, Serafin nobilísimo, que á pesar de sus altas prendas, y en medio de su elevacion, no se desdeña de abatirse hasta el extremo, no diré solo de igualarse, mas de aparecer inferior respecto del jóven Tobias, (**) sirviéndole como de criado. Sea enhorabuena, Iglesia Santa, cólmate de placer, y mira llena de ternura unos hijos que te dan gloria: que á tu vista florecen como unas varas prodigiosas, dignas de

(**) Tobiae 8. ℣. 24.

colocarse en lo interior del tabernáculo: que á tu vista arden como unas zarzas encendidas, capaces de excitar la delicia y la admiracion: que á tu vista vuelan como abrasados Serafines á beber de cerca por el amor y contemplacion los rayos de la Divinidad. Regocíjate en ellos; y al verlos distinguidos con caractéres tan preciosos, contémplalos como unos vasos de oro ricamente adornados con todo género de piedras. Aplícales aquel elogio que ofreció el Eclesiástico á la memoria de Simon el hijo célebre de Onias; (1) *quasi vas auri solidum, ornatum omni lapide pretioso*; y deleitate al verlos tan dignamente colocados en tus brillantes aparadores para tu honor y tu delicia. Tal es un buen Prelado mirado en sí mismo, ó en las virtudes que lo adornan. Ni lo es ménos considerado con respecto á sus súbditos, ó en los nobles oficios que desempeña.

P. II.

VEE en sus súbditos unos corderitos entregados á su custodia, y contempla unos hijos encomendados á su ternura. Por tanto, reune en sí á beneficio de ellos todo el afecto de un Pastor,

(1) Eccli. 50. ℣. 10.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez